

MONUMENTO A LA III INTERNACIONAL

LA RAZÓN. LUNES 23 DE DICIEMBRE DE 2002

ANTONIO GARCÍA TREVIJANO

Las fotografías de las maquetas para urbanizar el solar sobre el que se asentaban las Torres Gemelas de Manhattan, publicadas por LA RAZÓN, nos retrotraen a la estética del cubofuturismo soviético. La maqueta de Norman Foster está inspirada en el Monumento a la III Internacional de Tatlin en 1919. La suprematista de Richard Meier, en la cuadriculación de espacios y volúmenes de los «arquitectones» bolcheviques de El Lissitzky y Strzeminski, de los años veinte. La del estudio neoyorquino Think divide en dos la idea constructivista de Foster. La de UA, donde colabora el español Alejandro Zaera, reparte en cinco unidades conectadas la idea suprematista de Meier.

Entre el comienzo de la guerra del 14 y la muerte de Lenin en 1924, el arte ruso creó todas las innovaciones que hoy definen al modernismo en la cultura plástica de la civilización occidental. El descubrimiento de que el moderno capitalismo se adorna con plumas comunistas no proviene de meras deducciones interpretativas del arte abstracto o del miserabilismo estético dominante en la segunda mitad del siglo XX. El concurso arquitectónico para reemplazar las Torres Gemelas corrobora mi tesis sobre la decoración bolchevique de las ciudades capitalistas.

Las vanguardias occidentales no convergieron con las moscovitas en razón de una dirección única marcada por el progreso artístico. Fueron creadas por artistas comunistas que, huyendo del realismo socialista, continuaron practicando y enseñando las concepciones científicas y artesanales del arte proletario en Weimar, Berlín, Bruselas, París, Londres y en las cátedras de las Universidades más prestigiosas de los EE UU. Del Instituto cultural Injuk de Moscú (1920) salió el movimiento artístico más poderoso del siglo XX, el constructivismo internacional.

La estética de los materiales y la arquitectura ingrávida se deben a un marinero ruso que viajó a París, en febrero de 1914, para transmitir a Picasso su idolatría por la «factura» (término ruso que indica las cualidades físicas de la materia), y regresó a Moscú para pintar contrarrelieves en diversos materiales; hacer esculturas de hierro (doce años antes que Picasso y González); suspenderlas de las esquinas de habitaciones; construir la máquina voladora «Letatlin» con la elegantísima bioforma de una libélula; y confeccionar la maqueta presentada al concurso del edificio «Monumento a la III Internacional». Este militante bolchevique, Vladimir Tatlin (rival del suprematista Malevich), marcó la grandeza de una imaginación revolucionaria carente de oficio artístico.

Su maqueta de 1919 (420 x 300 cm. en acero, madera y cristal), destruida durante el estalinismo, pudo ser reconstruida a partir de fotografías y conservada en el Museo Nacional de Arte Moderno de París. Aquella deslumbrante utopía del gigantesco edificio para la III Internacional fue punto de referencia y elemento catalizador del constructivismo de Rodchenko y los jóvenes arquitectos agrupados en el Injuk.

Dentro de una estructura espiral de 300 metros de altura (la de Foster es triangular rematada en arista de planos inclinados como en un tejado), cruzada por líneas de soporte en ángulo agudo a estilo «rayonista» (como hace también Foster), Vladimir Tatlin suspendió cuatro cuerpos de edificios colgantes, verticalmente separados. Un cilindro achatado para el Parlamento, una pirámide para el Gobierno, un cilindro tubular para la Propaganda y una cúpula en forma de tapadera despegada del cubo para la Información. Cada cuerpo rotaba sobre su eje a distinta velocidad. El Parlamento tardaría un año en dar la vuelta sobre sí mismo. El Gobierno un mes. La Propaganda y la Información un día. La revolución política estaba simbolizada en la rotación cósmica del Universo. La revolución social, en el continuo cambio de la perspectiva individual respecto de su entorno comunitario. La maqueta de Foster es más gótica que revolucionaria.